

Nuevas Memorias de Mambruno

23 JULIO

Sopla el Norte, y aunque la temperatura es agradable, el día, aunque de verano, es más bien ceniciento, y se halla cuarteado a causa de un aire, que a medida que ha ido avanzando el día, se ha hecho más brusco y frío.

Domingo. No obstante Mambruno ha dedicado un rato a escribir. Acabada la comida, se ha sentado en su biblioteca, delante del cuaderno que usa para consignar los hechos, sucesos, pensamientos o imaginaciones que componen «sus memorias». Escribe Mambruno junto al reloj de péndola, tan absorto, que ni siquiera lo oye oscilar; más allá, hacia la puerta, aparece una magnífica fotografía de Antonio Machado, y más abajo, otra fotografía dedicada de Ramón J. Sender, el gran novelista aragonés, aparece en la foto Sender con un taco de billar en la mano, frente a un cuadro pintado por él mismo. Los ojos observadores y perspicaces de Sender miran serenos y clarividentes, son los ojos de un creador, de un novelista nato, del que precisamente Antonio Machado dijo que escribía con la reflexión y corregía con la inspiración, del autor de «La crónica del alba», con ello está dicho todo. Cuando Mambruno acaba de escribir, atardece. Sabe que esta será la última vez que escribirá en estas «Memorias». Su nombre no volverá a oírse — salvo que se publique el libro de su juventud, aún inédito —, y poco a poco, se borrará de la memoria de los hombres. Sólo el ser humano tiene la conciencia exacta de su muerte. ¡Terrible sabiduría! Mambruno no se entristece, aunque sabe que le ha llegado el fin, quiere conservar hasta el último instante el sentido del humor, el que le hacía reírse de sí mismo, y ahora de su muerte próxima.

La calle Tinte esta bañada de un vago azul, se halla muy sola. No pasa nadie.

30 DICIEMBRE

Nota de un amigo de Mambruno

Como en esta vida todo se acaba, también llegó el fin a Mambruno; un buen día, como él presentía, se acabó, a pesar de su robustez, de su buen color y aire saludable. Fue un duro golpe para nosotros, sus amigos. ¡Cómo lo íbamos a suponer!, morirse así, tan repentinamente, de golpe, sin dejar a los amigos tomar las necesarias precauciones para estos casos, francamente no hay derecho. A veces Mambruno, aunque solía estar casi siempre de buen humor, se quejaba de su suerte, nos decía que él era un personaje que no encontró a su autor, y que además nació con el sino de no encontrarlo nunca, porque él mismo era su propio autor, el creador de sí mismo. «En fin, que desde mi origen soy un malogrado», acababa por decirnos. En verdad, nadie sabe la fecha exacta en que murió, yo he hablado con varios amigos, y me la daban aproximada; uno decía que el 30 de octubre, otro que fue en pleno invierno, un día que nevaba mucho, y por eso no asistió nadie a su entierro. Otro amigo, con el que yo hablé, bajito, moreno y muy charlatán, hablaba como escuchándose, el pobre era un tanto redicho, era poeta e industrial de no sé qué cosa, me contó que había sido siempre amigo íntimo de Mambruno, tenía con él tanta intimidad que le invitaba a comer, en una de esas tascas que tanto le gustaban a Mambruno; ya Vd. sabe que se perecía por las truchas. Fíjese bien, era tanta nuestra confianza, que me dejaba los manuscritos de sus cosas, y yo, yo se las puntuaba, porque Mambruno sabía escribir, pero puntuar, vamos, hombre, de eso no tenía ni idea.

Yo os digo que Mambruno solía decirme que cuando le llegara su hora, haría mutis por el foro, y como de Jerez que era, se iría cantando por bulerías. Porque eso había sido su vida, una bulería bien cantada, una bulería de Jerez; si eso ha sido mi vida una mezcla de pena y alegría, un conservar hasta el último momento lúcidos los sentidos y no perder nunca el humor, este humor tan mío, que a veces como una fina daga yo me lo clavo en el corazón riéndome de mí mismo, porque yo soy de los que se rien hasta de su propia sombra.

Por ahí andan las obras en que actuó Mambruno, creo que la primera fue «Historia del Sur», allá en su Jerez nativo, tan blanco y luminoso, aparecía como un enamorado de sus viejos barrios, de la ciudad y sus gentes, a veces temblaba la burla en sus labios, la guasa andaluza, pero cuando hablaba de Jerez se ponía serio, y sobre todo de su cante, la cosa más seria que hay en este mundo. Luego, viviendo ya en Castilla, escri-

bió unas «Memorias», que era como una guía sentimental de Burgos el Gótico, loa de amor y de reflexión, pájaro del Sur entre la nieve, su corazón tiritaba entre aquellas páginas. Más tarde paseó por las históricas calles burgalesas, retratando a tipos curiosos y personas amigas, ahora se había fijado en la realidad humana, y no en la piedra inerte, aunque ésta también tiene su realidad anímica, la que le ponen el alma de los siglos que dejan su huella al pasar. Se llamaba este libro «Cuadernos de un Solitario».

Es asombroso, pero es así; Mambruno no llegó a ser nunca un personaje popular; él, tan amante del pueblo, no fue comprendido por el pueblo. La causa de esto tal vez radique en que las aventuras de Mambruno eran, en su mayoría, de índole espiritual.

También pensamos sus amigos de aquí, darle el nombre de Mambruno a una de las calles de Burgos; al fin y al cabo, aunque no era natural de nuestra ciudad, vivió más de quince años aquí, entregado al culto de la ciudad, a la que amaba mucho; solía llamarle «Burgos el Gótico» y «Aguja gris», aludiendo a su cualidad de ciudad ojival y prócer, y la consideraba como una de las ciudades con más personalidad del mundo. Hemos decidido que sea la calle Tinte, la que lleve el nombre de «Mambruno», pues frente a ella soñó y escribió mucho, tal vez por eso la tenía como dilecta entre todas las calles burgalesas, como un símbolo de su propia vida humilde y recoleta. Es indudable que Mambruno no fue más que un poeta; única y exclusivamente un poeta. Esta misma conclusión se saca de la lectura de su novela. En cuanto a estas «Nuevas Memorias», poco hay que hablar; a la vista están, él las consideraba como una especie de testamento literario; yo creo, en efecto, que en ellas se halla contenido íntegramente el pensamiento mambrunesco. Me contaba confidencialmente que mientras las escribía, a veces le embargaba el alma la melancolía, y se ponía triste, y quedaba con el balcón abierto, el que da a la calle Tinte, horas y horas; la mano en la mejilla, la pluma al aire, a la luz de la lámpara, pensaba en el destino humano, y, sobre todo, en su propio destino. Presentía ya —solía confiármelo cuando paseaba conmigo por el Espoloncillo— que su muerte estaba cercana. Le era dolorosa su realidad, pero no la temía; había que acatar la ley universal, y él había vivido mucho, cerca de cuarenta y seis años, es decir, los había rebasado, pues en la primavera inmediata iba a cumplir los cuarenta y siete. Tengo delante, cuando escribo esta nota, el manuscrito último suyo (Mambruno escribía siempre a pluma), y no lo publicaré; esto que yo digo es algo aún inorgánico, incoherente, y no lleva título, sólo unas cifras (30-7-61-20-12-61) nos indican que Mambruno vivía en diciembre, e incluso el mismo día 20, en que están fechados estos fragmentos; aunque la letra es muy clara, al llegar a las últimas

páginas abundan las tachaduras, y la letra se hace temblorosa, vacilante, propia de un pulso ya inseguro, que lentamente se desvanecía.

El otro día me confirmó un amigo, que Mambruno murió el mismo día de Nochebuena, por la noche, el 24 de diciembre, a las once y media de la noche, estaba nevando mucho, nunca nevó tanto en Burgos, y al otro día fue el entierro; no se publicaron esquelas, ni los periódicos dieron la noticia; así son de injustos los hombres; sólo le acompañaron la familia y dos o tres amigos; así, entre torbellinos de nieve, llegaron hasta el cementerio de Las Huelgas, donde había manifestado que le enterrarán. Allí descansa en paz, nuestro admirado Mambruno, modelo de amigo fiel.

EPILOGO DEL EDITOR

Como ya ustedes saben, Mambruno pidió ser enterrado en el cementerio de Las Huelgas, cerca de la ermita de San Amaro. Hoy he echado un paseo hasta allí, para visitar su tumba; me atrae la extraña personalidad de este hombre, mezcla de tristeza y humor, que teniendo mucho talento, vivió sin hacer ruido y murió de puntillas; tal vez tiene que pasar más tiempo para entender su idiosincrasia. Hemos atravesado el Parral, que como es muy entrado el otoño, amarillece ya; hemos pisado montones de hojas secas que crujían levemente. Entramos en el cementerio de Huelgas, iba yo con un amigo, admirador de Mambruno también, empezamos a mirar las lápidas. Todas las cosas se hallan abiertas en la tierra, y las lápidas llenas de verdín, carcomidas por la acción de la intemperie, de la lluvia y el viento, de la nieve y el frío, celan a veces los nombres, que aunque escritos con grandes letras negras son difíciles de descifrar, y aparecen borrosas, cubiertas de un moho verdinegro. Insistimos en la búsqueda, el día era frío y presagiaban lluvia unas nubes sombrías que se cernían en lo alto; por fin, cerca del muro descubrimos la tumba de Mambruno. Sobre una lápida de mármol, ya veteada por un verde moho también, se leía esta sencilla inscripción: «Aquí descansa Mambruno». Arriba tenía una cruz negra, y debajo varios ángeles blancos, labrados en el mismo mármol con cierta donosura, uno de ellos tocaba un arpa como

entonando un himno. En un rincón de la lápida decía: «Su familia, que siempre le recuerda», y unas cifras completaban el epitafio: 24-12-61, fecha de la muerte de Mambruno. Leímos todo esto en silencio, y luego rezamos por su alma un padrenuestro. Sí, no cabía duda, Mambruno estaba enterrado en aquel cementerio de Huelgas, por la acción del tiempo y el agua, tan musgoso, tan verdinegro, y con un sabor tan romántico.

JUAN RUIZ PEÑA.